

Rosina Cazali Escobar

Virginia Pérez Ratton. Aportes a la noción de lo estrecho y lo dudoso

Curadora y crítica de arte independiente, Guatemala

[rosinacazali@gmail.com](mailto:rosinacazali@gmail.com)

Situar al arte contemporáneo en nuestros países obliga a esfuerzos fuera de serie. Hay que situarlo, pensarlo, proveerle un halo de apreciaciones y encontrar su verdadero sentido desde la nada. Doblemente, si es el resultado de algo poco comprendido y poco creíble. El reto de tantas paradojas es el que ha ocupado por mucho tiempo a Virginia Pérez Ratton, directora de la Fundación TEOR/ética, recientemente galardonada con el premio Magón en Costa Rica y una de las personas más testarudas que he conocido en mi vida. Especialmente cuando se ha tratado de colocar ese arte de Centroamérica en el mapa regional, el Latinoamericano y en lo que alguna vez ella identificó como el *corsé* de América y ratificó como el *estrecho dudoso*.

Tomarse esta licencia, de llamar testarudo a alguien tan importante, no es algo gratuito. Me la he ganado por dos razones. La primera subyace en la reivindicación misma de la palabra, desde los matices que proporcionan el aquí. Testarudez resulta sinónimo de valor, tenacidad y, más importante aún, contracorriente. La otra, porque la he visto de cerca, peleando con testarudez infinita contra los muros de las convenciones que caracterizan a nuestras sociedades, esas que aún descansan sobre valores artísticos que van desde la escultura conmemorativa bien pulida, pasando por el animismo pictórico, las cacatúas exuberantes y la destreza de la copia fiel. La tenacidad es una de las primeras imágenes que me introdujeron hacia Virginia. En 1995 o 1996, no recuerdo bien, viajó a Guatemala. Interesada en contactar a mi compañero, el pintor Moisés Barrios, llegó a nuestra casa situada en las afueras de esta interminable ciudad, con una cámara en mano, una

gran cantidad de preguntas y la convicción de realizar la segunda exposición de las llamadas Mesóticas, en el recién inaugurado Museo de Arte y Diseño Contemporáneo (MADC) del cual ya era su primera directora. Como evento imprevisto, de esos que marcan las historias personales para siempre, pasó toda la mañana hablando con ambos y desde entonces se instaló en nuestras vidas.

Virginia es un referente profesional insoslayable. Amiga y cómplice de muchas tareas comunes. Sin vuelta atrás, la primera tarea que me asignó estaba implícita en la celebración de aquella Mesótica. Fui invitada por Virginia a escribir un texto para el catálogo de la muestra, el cual me acercó a una primera incursión en el concepto de lo centroamericano, la repercusión de la reapertura de fronteras y la posible situación del arte en Guatemala desde esa mirada. Participar en Mesótica II conllevaba su determinación por iniciar un registro de las nuevas coordenadas del arte del istmo en aquellos años. El MADC, a través de la gestión de su directora, fue la primera institución museística que reconoció algunos de los principios que fundamentaban lo contemporáneo, como un hecho, como una nueva etapa, como práctica artística y actitud hacia la cultura contemporánea. Los costarricenses pueden estar orgullosos de ser parte de ese primer aporte, el cual sigue generando repercusiones regionales e internacionales, como apuntó el historiador Víctor Hugo Acuña.

Yo no hubiera sido tan disciplinada si no me hubiera tocado tener amigas como Virginia. La tenacidad de las personas cercanas es contagiosa. Esos buenos ejemplos me han empujado a escribir, a opinar sin miedo y a asistir a distintos encuentros regados por todo el mundo. Antes de eso el universo del arte me aburría pronto, tal vez porque sufro del síndrome de envejecimiento prematuro de los lugares comunes. La generación a la cual pertenezco desciende de una clase media signada por el drama de la pérdida, lo cual dio pie a mi escepticismo en el manejo de las relaciones públicas, la gente, la bulla y las pretensiones que crecen como champiñones en espacios públicos como el del arte. La idea de notoriedad me aterró por mucho tiempo. Sólo a través de la presencia de Virginia y la de otros amigos he podido digerir las razones de los vínculos sociales y su importancia para la labor del arte. Además, en palabras de Virginia, la

discusión como *pleito rico* ha logrado transformar esos páramos generalmente estériles en experiencias gratificantes. Los vínculos establecidos entre los centroamericanos es prueba de ello. Un significativo corredor de creadores, críticos de arte, curadores, gestores centroamericanos y de otros países han logrado hacer grandes diferencias a partir de renovados tejidos de relación. A esos tejidos se han integrado de manera estratégica personalidades que han contribuido a la visibilización del arte contemporáneo de Centroamérica fuera de sus propias fronteras. El catálogo de Mesótica II lo expresaba bien. El texto de presentación hablaba sobre la muestra titulada Ante América, presentada en el MADC en el año 1994. Recordaba que, durante el foro paralelo, sobre problemas del arte latinoamericano, se le preguntó a Gerardo Mosquera la razón de no haber incluido a algún artista centroamericano en la exhibición. Para entonces, el reconocido crítico cubano se refería a la falta de documentación y la misma dificultad local de proporcionar información sobre lo que sucedía en estos países. Con un guiño de ironía, Mesótica II fue dedicada a Gerardo Mosquera. Desde entonces Mosquera es uno de los seguidores más entusiastas del desarrollo del arte del istmo.

La sociedad a la que pertenezco tiende al humor muy negro. Nos reconocemos como introspectivos de tierra dentro, asociados a la vida en las montañas, a lo sombrío de nuestra historia y a la culpabilidad católica heredada de las viejas estructuras que aun perduran en la noción de la Capitanía General de Centroamérica. En el otro extremo de esta región de repúblicas bananeras, el costarricense resulta todo lo contrario. La expresión *pura vida* refleja la vivacidad de su buen humor, del clima tropical, la vida en las playas, la conciencia ecológica con ciertos tonos “new new age” o el intento desesperado por esconder los propios dramas en razón de la imagen idílica del país sin ejército, la Suiza de Centroamérica. Estos son, por supuesto, de esos exotismos por los cuales hemos discutido tanto. Insisto sobre esto porque siempre me asombra lo consecuente que ha tenido Virginia con la línea de reflexión y pensamiento sobre la noción de lo centroamericano. Es decir, la construcción colectiva de lo centroamericano aparece siempre como discurso seductor y destino ineludible. Reírnos de nosotros mismos es, de acuerdo a lo explicado, uno de los ejercicios más acertados para desmenuzar nuestros esencialismos y su obsolescencia.

En el marco de las ya viejas discusiones sobre la existencia de un arte latinoamericano, la idea de perfilar lo centroamericano puede resultar endogámico. A los guatemaltecos nos cuesta aceptar la pertenencia. La realidad de mi país, Guatemala, como bien dice el cineasta costarricense Jürgen Ureña, siempre se supera a sí misma. Aquí, como alguna vez aconsejó Nabokov a sus lectores, realidad debería de escribirse siempre entre comillas, porque su densidad abruma y nunca contamos con garantías de su veracidad. En medio de semejante tremendismo, compartir la responsabilidad entre el pensarse a sí mismos y pensarse como parte de otros, pareciera ser una carga demasiado compleja e imposible de abordar. Nosotros, aderezados con nuestra típica soberbia, nos refugiamos en los ojos huérfanos de la niña de Guatemala que siempre ha querido que México la adopte. Con nosotros ya tendríamos más que suficiente. No obstante, la interdependencia de los países centroamericanos es un hecho histórico que se niega sólo para que vuelva a surgir. A pesar de la heterogeneidad cultural, política, idiosincrásica de cada país centroamericano la existencia de los vínculos de relaciones culturales no solo es una prueba de su vigencia sino de su eficacia. Desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la historiadora guatemalteca Marta Casaus reconoce el surgimiento de un grupo social hasta entonces no claramente identificado y reconocido como los intelectuales. Para el caso de Centroamérica, indica Casaus, cumplieron un papel decisivo en la formulación de un discurso estructurado y coherente acerca de la identidad nacional, la naturaleza y la esencia de la nación. Como clara consecuencia, el diálogo contemporáneo regional da continuidad a esos vínculo de pensamiento y ha contribuido con cambios importantes en la manera de abordar la noción del intelectual y del artista, su relación entre unos y otros, desde aquí y en el aquí.

En ese sentido, coincido plenamente con Víctor Hugo Acuña y Manuel Picado cuando subrayan que la labor de Virginia, desde el MADC y de TEOR/ÉTica, ha contribuido a situar el arte contemporáneo centroamericano en circuitos internacionales además de acercar el arte contemporáneo internacional a Centroamérica. Ha contribuido a que los artistas centroamericanos se conozcan y se reconozcan entre sí. Más importante, que los artistas costarricenses tomen

conciencia de que pertenecen al espacio histórico y cultural centroamericano y que también son centroamericanos.

TEOR/ÉTica merece un renglón aparte. Después de su retiro del Museo de Arte y Diseño Contemporáneo, Virginia ya contaba con una gran experiencia. Como suele suceder en nuestros países, la experiencia institucional suele agobiar, desgastar y enseñar, en el mejor de los sentidos, el valor de las imposturas. De ahí surgió un proyecto *sui géneris*, que conjugaría la estética con la teoría y la ética. La trascendencia del proyecto tenía que ver tanto con su instalación en una casa del barrio Amón como en el desarrollo de un nuevo modelo de hacer gestión cultural en Costa Rica.

En el marco de los acuerdos de paz y otras vicisitudes políticas que afectaron las relaciones de toda la región, comenzaron a llegar fondos de la cooperación internacional y con los cuales se estimularon muchos y variados proyectos culturales. De manera inaudita, instituciones holandesas como HIVOS, la Fundación Príncipe Claus y otras se interesaron por el aporte de las prácticas artísticas y las reflexiones que suscitaban. Era una apuesta a lo que denominaban cultura para el desarrollo. Yo añadiría que también era un acto de fe. Por ser de países pequeños, marcados por las fracturas sociales, las urgencias, el hambre, las redes de violencia, la falta de oportunidades de trabajo, la desterritorialización y la imposibilidad de nuestros gobiernos por proteger y dar garantías a los ciudadanos entre otras imágenes, hablar de cultura resulta como un acto de contracultura. Generalmente el ejercicio intelectual se prejuicia a partir de la ñoña idea de que éste ocupa un lugar de privilegios e incluso a favor de una elite. Proyectos como TEOR/ÉTica y otros de intenciones similares, situados en la región, han dado las pautas para pensar todo lo contrario. Manuel Picado subraya un aspecto fundamental de Teorética, el de no contenerse en las fronteras costarricenses y, por el contrario, eludir las limitaciones y riesgos de un abordaje nacional o patriótico. En su capacidad de convocatoria, ha logrado abordar la globalidad de nuestros días, tan heterogéneos y separados geográficamente.

Exigente con las personas que la rodean. Desafía con el simple anuncio de sus palabras. Mencionarle con timidez algún proyecto es peligroso. Una semana después esa brizna de

intenciones puede alcanzar el status de proyecto. Así de intensa es su marcha. Alguna vez me sorprendió volviendo sobre la misma discusión con la cual nos habíamos despedido seis meses antes, machacando e intentando sacar la esencia de un algo. Yo no recordaba ni mis propios argumentos. A partir del premio Magón, se ha publicado mucho sobre su trayectoria pero a mí me provoca apuntar esta visión personal para equilibrar las cosas. Un premio recorre, certifica y reconoce desde la mirada oficial –el *establishment*– la vida pública de las personas. Para una iconoclasta, que ha dirigido sus dardos hacia el desciframiento de la noción de estrecho dudoso, dudoso estrecho, estrecho y dudoso no lugar al que llamamos arte contemporáneo de Centroamérica, más vale intentar decir algo más o menos interesante.